

Cuba, antes de la llegada de Fidel Castro

Asalto al Moncada

Faltaban aún cuatro meses para el cumplimiento del acto comicial de noviembre de 1953, cuando un suceso inesperado sacudió a la opinión pública cubana.

El 26 de julio de 1953, el cuartel Moncada, baluarte del ejército en Santiago de Cuba, fue asaltado por un grupo de civiles armados. La batalla fue violenta y el balance del ataque resultó desolador para los atacantes. Tras cinco horas de intensos tiroteos quedaron sobre el terreno los cadáveres de treinta y tres de los atacantes y de quince de los soldados defensores del cuartel. Entre los sobrevivientes se encontraba el jefe del grupo atacante Fidel Castro. Este, detenido poco después, fue sometido a juicio y condenado a cumplir una severa condena en la Isla de Pinos.

Como consecuencia del ataque al cuartel Moncada, el régimen de Fulgencio Batista, acrecentó su dureza y se inició una áspera represión de las actividades opositoras. Paralelamente, la resistencia al régimen aumentó considerablemente.

La gravedad de la situación hizo que muchas voces se alzarán clamando por la pacificación de los espíritus y la normalización del país. Insistentemente se pidió al gobierno el restablecimiento de las garantías constitucionales y una amnistía para los condenados. Fulgencio Batista, en la oportunidad, cedió ante los requerimientos y esbozó medidas tendientes a restablecer el orden público y la convivencia pacífica. Se llegó así a lo que se llamó el “diálogo Cívico”; es decir, la discusión de nuevos rumbos en los que participarían las autoridades y la oposición en igualdad de condiciones.

El principio de acuerdo, sin embargo, fracasó: la oposición, reclamaba la renuncia de Batista como primer paso; por su parte, el gobernante no podía aceptar aquella exigencia. Y el diálogo concluyó así, abruptamente.

Poco después, como se esperaba, recrudecían los ataques al gobierno y se extendía nuevamen-

te por Cuba la ola de violencia.

En el exterior, la dirección de las principales actividades conspirativas pasó a manos del ex presidente Prío Socarrás, establecido en Miami, Estados Unidos. Por su parte, Fidel Castro, liberado en razón de una amnistía decretada por Batista y exiliado en México, daba señales de llevar adelante nuevos propósitos revolucionarios.

Entretanto, en Cuba crecían las actividades insurreccionales, y la policía descubría numerosos depósitos de armas y detenía a muchos militantes opositores.

La opinión pública, por su parte, adoptaba posiciones muy diversas. Las capas populares oscilaban entre el repudio silencioso al régimen y la desconfianza hacia grupos de oposición que no lograban aunar sus propósitos. Otro tanto podía decirse de la clase media inferior, intensamente burocratizada o dependiente, en forma más o menos directa, de los poderes públicos o de las esferas próximas a ellos. La clase profesional, si bien condenaba el movimiento del 10 de marzo, se mantenía encastillada en su tradicional alejamiento de los asuntos públicos.

Con respecto al gobierno de Batista, una ola de prosperidad extraordinaria, determinada por el precio del azúcar, permitía el desarrollo de un espectacular programa de obras públicas. Por lo demás, ninguno de los problemas básicos de la nación había sido resuelto. Faltaban caminos, hospitales, suministros de agua en las poblaciones del interior y crecía el desempleo.

Las fuerzas armadas, por su parte, no eran ajenas al drama de Cuba. El ejército, totalmente profesional, reclutaba sus soldados entre el campesinado. Los reclutas, por consiguiente, no compartía la sensibilidad ciudadana y sí la suspicacia y desconfianza de los hombres del campo. Por otra parte, su adhesión al régimen de Fulgencio Batista se veía justificada por las medidas tomadas por éste; en efecto, la oficialidad, en su mayor parte, fue improvisada con hombres ascendidos desde



Cuartel Moncada, donde Fidel atacó en su primer intento por hacer la revolución.

los cuadros de suboficiales; los soldados, a su vez, veían así abierto el camino que podía llevarlos a los más altos grados.

Muchos oficiales, sin embargo, no adhirieron al régimen. Se trataba, en su mayoría, de jefes procedentes de las clases pudientes, que habían alcanzado sus rangos a través de las escuelas de cadetes y de sucesivos ascensos, tras años de servicios y estudios. Algunos de ellos, consecuentes con su posición, decidieron alzarse en armas en 1956. Finalmente, descubierta la conspiración dirigida por el coronel Barquín, muchos oficiales fueron juzgados sumariamente y condenados a prisión.

El intento revolucionario del coronel Barquín, sin embargo, no sería el último. Efectivamente, el 29 de abril de 1956 un nuevo episodio, sangriento como el anterior, sería llevado a cabo por elementos opositores a Batista.

El día indicado era domingo. En la ciudad de Matanzas, un clima de intranquilidad señalaba la proximidad de “algo”, que nadie podía definir. En el cuartel de Goicuría, ubicado dentro de la ciudad, en el barrio de Versalles, las tropas habían sido acuarteladas y alertadas, manteniéndose un riguroso cordón de centinelas y patrullas en los alrededores.

Hacia el mediodía, una caravana de automóviles y camiones abandonó las instalaciones

de la mina “Margot”, ubicada en las afueras, dirigiéndose de inmediato en dirección al cuartel. Al llegar a una de las puertas, la número seis, el centinela que la vigilaba fue interpelado por un oficial que, desde un automóvil, le solicitó que le permitiera entrar para saludar al jefe de la unidad, coronel Pílar García.

Sorprendido, el centinela poco pudo hacer para impedir la entrada de automóviles, que se precipitaron al interior. Enseguida, casi sin solución de continuidad, comenzó el tiroteo. Desde las ventanas del cuartel, las ametralladoras de calibre 50 abrieron el fuego contra el camión que abría la marcha. Los ocupantes de los vehículos trataron de hacer uso de sus armas, contestando al fuego. Muchos de ellos, sin embargo, no alcanzaron a descender de los autos y camiones, muriendo acribillados en el interior de los mismos. Otros, bisonños en el manejo de las armas, alcanzaron a correr algunos metros antes de caer perforados por las ráfagas de ametralladora. Los restantes, perdiendo la cabeza ante la matanza de que habían sido testigos, se dispersaron por la ciudad, huyendo de los soldados. Minutos después, las patrullas iniciarían una verdadera cacería humana. Horas después, de los setenta y seis hombres que habían partido de la mina “Margot”, sólo unos pocos fugitivos dispersos quedaban con vida.